



RAFO LIÑÁN

**EL MARCHANTE
DE ALMAS**

El Marchante de Almas

RAFO LIÑÁN BERTOLONE

El Marchante de Almas

Primera edición: Agosto de 2020
ISBN en tapa blanda: 978-1-7353907-1-0
eBook ISBN: 978-1-7353907-0-0-3

Killari Publishing
Houston, TX 77433

El Marchante de Almas. Copyright © 2012 por Rafo Liñán Bertolone. Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, almacenada, o transmitida total ni parcialmente de manera alguna ni por ningún medio sin el permiso previo, por escrito, del autor.

A Nola

...y él lo saludó desde la puerta con la mano extendida, Dios te salve, macho, grande honor es morir por la patria. Lo acompañó en la lenta agonía, los dos solos en el cuarto, dándole con su mano las cucharadas de alivio para el dolor, y Patricio Aragonés las tomaba sin gratitud diciéndole entre cada cucharada que ahí lo dejo por poco tiempo con su mundo de mierda mi general porque el corazón me dice que nos vamos a ver muy pronto en los profundos infiernos, yo más torcido que un lebranche con este veneno y usted con la cabeza en la mano buscando dónde ponerla, dicho sea sin el menor respeto mi general...

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ. *El otoño del patriarca*

El Marchante de Almas

Primera Parte

- [Capítulo 1](#) [Capítulo 2](#) [Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#) [Capítulo 5](#) [Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#) [Capítulo 8](#) [Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#) [Capítulo 11](#) [Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#) [Capítulo 14](#) [Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#) [Capítulo 17](#) [Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#) [Capítulo 20](#) [Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#) [Capítulo 23](#) [Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)

Segunda Parte

- [Capítulo 1](#) [Capítulo 2](#) [Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#) [Capítulo 5](#) [Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#) [Capítulo 8](#) [Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#) [Capítulo 11](#) [Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#) [Capítulo 14](#) [Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#) [Capítulo 17](#) [Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#) [Capítulo 20](#)

Epílogo

Primera Parte

1

Nunca tuve claro por qué la llaman *la Calle de la Cultura*. Yo diría que no es más que una ironía, ya que el jirón Camaná que he recorrido desde siempre, parece estar lejos de hacerle honor a tal apelativo. Si bien es un buen lugar para ir en busca de los clásicos de la literatura, novelas que pasaron inadvertidas, y libros de escuela en descuento; son los pasquines y revistas para adultos los que se exhiben en las mesas de centro, y casi pueden negociarse por kilos.

Jirón Camaná es una esbelta calle donde el tiempo parece haberse atascado a su paso desde hace un siglo atrás, y es ahí donde suelo pasar mis momentos de ocio que, valgan verdades, ocupan gran parte de mis días, y es que después de haber pasado siete años recluido en una prisión, pocos son los oficios que abren puertas a gente que lleva cortes en la piel y un récord empañado como el mío. Pero es en aquellas tiendas cavernosas donde mis continuas visitas, y largas estadías solazado entre páginas no parecen contrariar a nadie, y siempre es posible negociar algún buen libro al precio de un pasaje urbano.

Cuando encontré el *Tratado de frases célebres, apotegmas proverbiales y refranes* sepultado entre los saldos y remates de una de aquellas viejas bodegas en un segundo piso, que por el chirrido de los tablones amenazaba con desplomarse en cualquier momento, tuve la primera impresión de haber hallado el somnífero infalible. Aleteé las páginas sin mayores miramientos, y en la última, el precio estaba escrito a lápiz en una esquina, noventa soles. « Es mucho », pensé. Seguí oteando y desempolvando lomos y cubiertas de otros libros, pero por algún motivo, mi mente había encallado en aquel "Tratado de frases..." « Qué diablos », me dije, y decidí poner en práctica mis pericias de postor. Me acerqué al encargado que enfundaba libros en bolsas transparentes detrás de un mostrador y le ofrecí treinta soles, y un saludo bastante cordial, a ver si eso ayudaba. Me dedicó una mirada lejana, como quien descifra si más

allá de mí, es un halo de pobreza lo que me rodea. Rio, negó con la cabeza, y sin decir nada, guardó los treinta soles en el bolsillo y prosiguió con sus labores. La transacción se concretó demasiado fácil. Tal vez pude haberle ofrecido llevarme el libro sin pagar. Quizá valía más el espacio que ocupaban aquellas doscientas veinte páginas que el libro en sí.

Salí de la tienda y la luz del medio día que iluminaba hasta el último recodo del atrio me cegó por unos segundos. Caminé hacia la plaza San Martín y tomé una banca frente al teatro Colón. Extraje de mi morral mi nueva adquisición, abrí una página al azar y leí la primera frase donde cayó mi mirada.

“Un libro abierto es un cerebro que habla; cerrado, un amigo que espera; olvidado, un alma que perdona; destruido, un corazón que llora”.

Proverbio hindú.

Cerré el libro y pensé en mi madre. Esta mañana, con el mismo tono proverbial, censuró con un aforismo contundente mi desidia por publicar mi última novela. « Un libro cobra vida únicamente cuando se lee, de lo contrario solo existe, y vivir, *mijo*, es darle un sentido a tu existencia », sentenció.

Además de verme publicar, mi madre esperaba con vehemencia que la hiciera abuela. Dominaba el arte de la manipulación sutil, y solía repetirme que la muerte no concede prórrogas, y ya que siente que se le avecina, no debería dejarla despedirse de este mundo sin concederle la gracia de abrazar a mis cachorros, pero si alguna vez entretuve la idea de traer un hijo al mundo, el mal recuerdo que conservo de mi padre acabó por disipar cualquier efímera intención para ello. Por muchos años conocí de mi padre solo un poco más que su nombre, y así aprendí a quererlo. Mi madre no hablaba mucho de él, y siempre supo capear mis

embestidas inquisitivas sin tener que recurrir al recurso de la mentira. Me pedía que fuese paciente, que ya llegaría el momento de conocerlo. Mientras tanto, por mi imaginación desfilaban una y mil razones por las que yo aún no lo había conocido. En todas ellas le figuraba un héroe, audaz, intrépido, corajudo y un poco loco, emprendiendo hazañas quijotescas, que nadie en su sano juicio se atrevería a afrontar. El día de mi décimo cumpleaños, mamá me anunció que tenía un regalo especial para mí, algo por lo que había esperado toda mi vida.

—¿Hoy le conoceré? —pregunté ilusionado.

Asintió moviendo la cabeza después que la voz le abandonó de la emoción. Salimos de casa muy temprano. Vivíamos en un pequeño apartamento en la planta baja de una quinta ubicada en el quinientos tres del jirón Apurímac. Nos detuvimos en la iglesia del Sagrado Corazón a escuchar una misa rápida, de aquellas sin canto ni homilía, que dedicamos a la memoria de los expósitos que habitaron al lado, en el antiguo hospicio, del cual hoy solo queda la osamenta de aquella noble institución, y enfilamos por el jirón de la Unión, por donde solía caminar la gente bonita y aristócrata de Lima.

—Aquí conocí a tu papá —dijo mi madre. Yo sin mirarla, pude adivinarle una sonrisa de nostalgia.

Apretamos el paso, más por emoción que por prisa. Quince minutos después, el frente barroco de Palacio de Gobierno se empezaba a asomar ante nosotros llegando a la plaza de Armas. Entramos a la tienda *Oechsle* y mamá me vistió de botas, *blue jean* y camisa de vaquero. Eran las mismas prendas que nos deteníamos a observar frente al escaparate desde el inicio de la estación. De regreso a casa pasamos por la peletería a recoger, por encargo de mi madre, un cinturón de cuero ancho, de triple costura y hebilla de bronce con las iniciales de mi nombre: Sabino Taveras. Por la tarde, mi madre y yo aguardábamos a unos pasos de la agencia del Banco Hipotecario en el cruce de Carabaya con Puno. Ella vestía con sobriedad, yo de vaquero. Mi madre, ansiosa, peinaba una y otra vez mis cabellos cada vez

que el viento los revolvía, lo hacía por enésima vez cuando vio a mi padre salir por la puerta principal. Tomó mi mano, caminamos aprisa hacia él, y lo llamó por su nombre.

—Rogelio.

Mi padre volteó a vernos, y tan pronto logró reconocernos hizo una mueca de disgusto. Era alto y enjuto, y vestía de traje, y aunque parecía ser bastante holgado para él, su porte erguido hacía que lo exhiba bien. Sus labios rojos contrastaban con la palidez de su rostro, y una ceja alzada, a la que parecía nunca darle descanso, coronaba su actitud altiva. Sus cabellos eran negros y oleados, algo largos para ser un empleado público. Mi madre voceó su nombre nuevamente, con una mayor dosis de emoción, tiró con gracia de mi mano, y me puso por delante de ella sin dejar de atusarme el flequillo. Me sentí como una ofrenda.

—¿Otra vez tú?

—No venimos por dinero ni por tu apellido —dijo mi madre—. Solo quiero que Sabino conozca a su padre. No deja de preguntar por ti.

—¿Cómo puede ser ese hijo mío?, ni siquiera se parece a mí —mintió—. Es más, apuesto a que tú tampoco sabrías decir con seguridad hijo de quién es.

—Eres un cobarde. Poco hombre.

—Lo que debiste hacer fue sacártelo del vientre cuando te lo exigí. Ese bastardo nunca debió nacer —dijo, apuntándose con esa mirada autosuficiente que inmediatamente aprendí a odiar.

Mi madre no halló más que decir. Le estampó una bofetada y nos alejamos de él. Aquellas fueron las únicas palabras que mi padre alguna vez me dirigió. Mamá nunca me dijo por qué permitió que aquel hombre nos tratara con tanto desprecio, solo me pidió, por mi bien, que aprendiera pronto a no guardar rencor. Por años no volví a oír hablar de mi padre, y a pesar de que lo que más deseaba era borrarlo de mi memoria, me tardó mucho tiempo dejar de pensar a menudo en él.

Mi madre fue la artífice de que mi segunda novela ostentara un punto final, y yo el culpable de que la primera, *Vestida de cielo*, haya sido publicada en una casa editorial con fines trapaceros. Solo recibí dos ejemplares de los cien convenidos, y ahora uno de ellos forma parte de mi austera biblioteca junto a los clásicos que renuncié a cambiar por novelas nuevas. El editor y publicista que responde al nombre de Alcides Berrocal, nunca se dio la molestia de responder a los mensajes que le dejaba con su secretaria reclamando por mis derechos correspondientes de autor. La última vez que lo vi, fue en su oficina en el jirón Contumazá. Empujé la puerta y me anuncié sin la sonrisa cordial consabida, y entré a la boca del lobo. Estaba reunido con dos tipos que, por sus aspectos de cancerberos, hubiese apostado que los caminos torcidos que tomaba el editor lo obligaban a hacerse de resguardo. Me hizo tomar asiento, y le exigí saber, después de haber indagado por mi cuenta, por qué no había una sola librería en Lima que supiese de la existencia de mi novela. El editor, con una rudeza que no le había conocido y que parecía salirle de los cojones, me amenazó con romperme las piernas si le volvía a cantar la misma canción.

—Es usted y su novela de mierda los que me están haciendo perder tiempo y dinero —increpó—. Que le importe un carajo si la publico o no.

Entendí que el mío no era un asunto que Alcides Berrocal hubiese dudado en solucionar por la vía rápida, pues sin duda habría estafas mayores que sí ameritaban su tiempo y dedicación.

Debí escuchar a mi madre cuando intentó calmar mi impaciencia por publicar deprisa. En el momento en que uno descubre que los padres también cometen errores, la confianza por ellos se debilita y algo estúpido empieza a obrar en nuestras mentes, y llegada la soberbia de la juventud, empezamos a creer que sus errores son más insensatos que los nuestros, y luego, cegados de autosuficiencia, empezamos a joder las cosas a lo grande. Algo me dice que esta

novela tampoco verá la luz y morirá como otro proyecto infructuoso, y que nadie, además de mi madre, conocerá esta historia que quiero contar. Pero a decir verdad, esa novela merece llevar su nombre en la portada más que el mío. Sé que alberga más esfuerzo y dedicación de ella por leer, releer, componer y apuntalar mis ideas, y darle estructura al manuscrito que le iba alcanzando cada jueves, día de visita en el penal de Lurigancho, donde yo cumplía condena. Sé que entre líneas se puede distinguir sus lágrimas y penas, y sus noches en vela dedicadas a oraciones y penitencias rogándole a Dios que yo saliese pronto en libertad, y que la vida no se ensañase tanto conmigo como lo hizo con ella, y que Dios despejase el camino escabroso que decidí emprender, el día que decidí ser escritor. Mi madre nunca trató de disuadirme para que escogiera otro oficio porque sé que en el fondo ella también quiso dedicarse a escribir. Heredé de ella el talante idealista, y la lectura fácil. Para ambos solo basta deslizar la mirada en las primeras líneas de una buena historia para desligarnos al menos por un momento de un mundo que se empecinaba en sortearnos malas cartas.

Aleteé las páginas de mi nuevo libro, y una sensación de paz me confirmó haber acertado en la compra.

2

Quien alberga el alma de escritor, no persigue el dinero más que la inmortalidad de su nombre, pero siempre acecha la posibilidad de que este oficio le sirva de medio para subsistir, y no tener que prostituir su cuerpo y su mente dedicándose a otra tarea, una generalmente que aborrece, para tener un plato caliente que poner sobre su mesa. Pocos son los escritores que gozan de esta gran ventura de vivir de las letras. Tampoco yo podría decir que la pobreza no me quita el sueño, pero no puedo ser ingrato con mi suerte. Tengo un empleo que no me obliga a pensar ni a tomar decisiones. Lo único que requiere de mí es el mero acto de presencia. Me permite leer, divagar, abstraerme, y en ocasiones encuentro en mi imaginación algo que merece ser anotado. Trabajo por las noches como vigilante del cementerio Presbítero Matías Maestro en los Barrios Altos del Cercado de Lima. Para una persona como yo, que procura tener el menor contacto con una sociedad que conjura a la mala suerte de los demás y busca absolver su mediocridad y fracaso comparándose con uno más jodido que ellos mismos, podría ser el trabajo ideal si al menos pagara poco más que una mierda. Con un sueldo así, nunca supe llegar a fin de mes, pero cuando se es pobre, el orgullo cierra puertas, y con un récord de expresidiario, las posibilidades no me dieron para más.

Cuando te ausentas de una ciudad tan grande como Lima, los años te saben a décadas. La misma sorpresa que se siente al ver a una niña convertida en mujer, es lo que experimentas cuando regresas a sus calles. El tiempo avanza lento y parece caer con rigor sobre aquellos que aguardan por un ser amado. Mi madre no fue la excepción. Esta mañana veía la fotografía que nos tomamos en esta misma plaza varios años atrás, cuando yo aún era un crío. Mamá